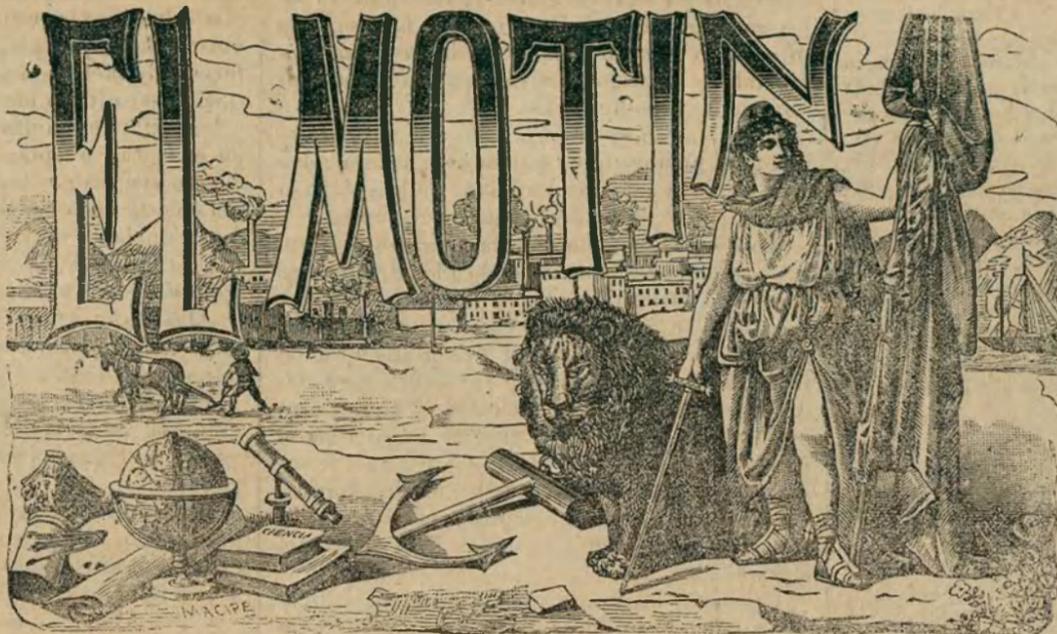


PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	<i>Pesetas</i>
Mez.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si el pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ALMANAQUE DE EL MOTÍN
para 1890

Precio: UNA peseta.

Se ha puesto á la venta.

Los suscriptores que estén al corriente, y los que se pongan en todo el mes entrante, lo recibirán gratis.

¡ATENCIÓN!

Si alguna influencia tengo con mis lectores, voy á emplearla en suplicarles que lean, ¿qué digo leer? que deletreen el siguiente notable artículo, publicado en 2 de Noviembre en *La Esquella de la Torratxa*, de Barcelona, con el título de *Una conversión edificante*.

Y si alguno al leerlo cayese en la tentación de suponer que el nombre del protagonista *Tobir* es anagrama de *Ribot*, y que éste es el segundo apellido de Vallés, no la aparte de sí por pecaminosa; pues, efectivamente, de él se trata.

Cuando estos últimos días la prensa anunció que el segundo jefe del pactismo se retiraba de la política activa, escribí á Barcelona, pidiendo datos acerca de tan inesperada como extraña resolución; y, antes de recibirlos, tuve la suerte de leer el número de *La Esquella* á que he aludido, aclarándome el enigma.

Lleno de gozo traduje el escrito, que inserto, sin quitarle ni ponerle punto ni coma:

«Sea historia ó cuento, allá va.

El héroe, el protagonista, el personaje culminante (llamémosle *Tobir* para darle uno ú otro nombre y facilitar mejor el relato), había sabido escalar á fuerza de constancia, talento y pulmones (de pulmones sobre todo) el puesto más eminente en uno de los partidos más populares de Barcelona.

Su juventud, el natural arrinconamiento de los venerables ancianos que con los años y las decepciones pierden el ardor de la sangre, tan necesario en todo partido popular; su posición dentro del foro y sus tribunicias arengas, llenas siempre de acentos ensordecedores y de imágenes pintorescas, le habían dado una preponderancia extraordinaria, que se manifestaba con evidencia en todos los actos de su vida, tanto en los de carácter político como en los de índole privada.

Por eso el día que el pobre *Tobir* perdió á la estimada compañera de su existencia, todo el partido que capitaneaba hubo de sentir hondo pesar y lástima ante el viudo inconsolable, que, á impulsos de golpe tan cruel, se entregaba á los transportes de la más enorme desesperación. Lívido, desecado, sufriendo á cada punto espasmos de dolor, los ojos encendidos y arrasados en lágrimas, hubiera enternecido á las peñas, cuanto más á sus estimados correligionarios, que al fin no son de roca.

Todos cuantos al entierro asistieron por deber y cariño recordarán siempre la terrible escena de la eterna separación.

—¿Qué corazón más grande tiene el pobre *To-*

bir!—decían unos vivamente impresionados al volver del cementerio.

—Me ha puesto la piel de gallina—añadía otro. —¿Han visto de qué modo quería que lo emparedasen en el nicho en que iba á desaparecer la difunta?

—A mí me ha hecho el efecto de Danton—observó un tercero.

—Es lo que yo digo siempre: *Tobir* debía haber vivido en tiempo de la Convención. ¡Qué corazón! ¡Qué corazón!

—Alto, entendámonos; cuando indico que me ha hecho el efecto de Danton, es por que recuerdo que también á Danton se le murió la mujer, y al ir á enterrar, ¿han visto ustedes lo que ha pasado ahora mismo?, pues igual pasó entonces... Lean la *Historia de la Revolución francesa*. Pero eso no obsta para que Danton volviera á casarse á los pocos meses.

—¡Quite usted allá, mal hablado!

—¡Escéptico!

—¡Mala lengua!

El escéptico, con mucha flema:

—Señores: esperen y veremos. (Me equivoco: el escéptico no dijo señores; dijo ciudadanos.)

No sé si sería por imitar en todo al célebre convencional, ó por aquella ley, á primera vista paradójica, pero perfectamente explicable, que obliga al viudo que más llora á consolarse más pronto contrayendo segundas nupcias, ley que se funda en el principio de «las esposas se van, pero la institución del matrimonio queda,» es lo cierto y positivo que el escéptico tenía razón.

Tobir, sin dejar de sentir la muerte de la difunta, experimentaba la necesidad imperiosa de llenar un vacío, y bien pronto se hizo cargo de lo que de él reclamaba la institución. Partidario acérrimo del matrimonio tanto como de las ideas políticas que representaba como jefe de partido—que al fin el matrimonio no es mas que un pacto,—descubrió pronto en una hermosa villa de la costa catalana su segunda media naranja, una criolla joven, distinguida, encantadora... en una palabra, una criatura tan angelical, que si yo fuese aficionado al cultivo de las metáforas, como *Tobir*, calificaría de «el más precioso pañuelo de batista tejido por manos de hadas para enjugar las tristes lágrimas de la viudez.»

Pronto se esparció la noticia.

La primera persona que la conoció oficialmente fué la madre de la difunta, que continuaba viviendo en casa de *Tobir*. Por cierto que del disgusto que sufrió se puso enferma; prueba de que hasta el céfiro blando del amor puede producir estragos.

Pero el amor es ciego, y *Tobir* acreditaba el adagio de lleno en lleno. Sus viajes á la villa de la costa eran frecuentes; y ¡cosa extraña!, así como antes iba allí sólo para fines políticos, tales como pronunciar discursos ó constituir comités para ganar elecciones, entonces no veía ni hablaba á sus correligionarios, y éstos no podían menos de escandalizarse al ver que *Tobir*, el jefe de un partido popular, ¡espántense ustedes!, iba á misa en compañía de su novia.

Porque es de advertir que la novia de *Tobir*, todo lo que tiene de hermosa y simpática, tiene de católica y acendradamente religiosa.

¡Figúrense ustedes cómo se desatarían las malas lenguas del partido!

Tanto más cuanto que esto pasaba por aquellos días en que ocurría una grave crisis, originada por ciertas disidencias importantes surgidas allá en Madrid.

—Pero ¿qué hacemos?—decían en el Centro llenos de impaciencia y viendo que hacía tiempo no se le veía por allí.—¿Qué hace *Tobir*?—preguntaban todos.

—*Tobir* galantea; no os ocupéis más de *Tobir*. *Tobir* es un nuevo Sansón entregado en manos de una nueva Dalila... ¡*Tobir* va á misa todos los domingos!

—¡Noticia fresca!—dijo aquel mismo escéptico del día del entierro—*Tobir* acaba de expulsar de su casa á la madre de la difunta... Una señora anciana, enferma... sin recursos... La han hecho levantar de la cama y la han llevado en un coche.

—¿*Tobir* ha hecho eso?

—No. El lo ha mandado; no ha tenido valor para realizarlo en persona, y lo ha encargado á un dependiente: con esto sólo basta para conocer que se ha hecho católico.

Ustedes dirán que es muy sensible que un partido político se inmescuya tan de lleno en la vida privada de una persona, por más que ésta sea su primer jefe; pero scamos justos: ¿no era este mismo partido el que tomaba tanta parte en aquella funesta desgracia de familia que ocasionaba la desesperación de *Tobir*? Pues quien ha roído la carne, que roa el hueso. Y clavar los dientes en la carne de una persona que está haciendo una trastada, ¡es tan sabroso cuando se sienten los estímulos de la hidrofobia!

Mordiscos de traidor eran esos, porque *Tobir*, embabiecado con su noviazgo, no estaba allí presente para defenderse... y eso mismo hacía que no los sintiera.

¡Ay! para estas cosas no es solamente ciego el amor: es ciego y sordo.

Un detalle.

O, como si dijésemos, un entreacto necesario al curso de la narración.

Se estaba celebrando un banquete en obsequio de un eminente propagandista de la *Unión hispano-americana*, á cuyo acto había sido invitado *Tobir*; y, al llegar á los postres, uno de los comensales leyó una carta de aquél, concebida poco más ó menos en los siguientes términos:

«Un fausto acontecimiento de familia me priva del gusto de asistir al acto que están ustedes celebrando; pero conste que hago votos desde el fondo de mi alma por la próspera realización de la *Unión hispano-americana*, tanto más, cuanto que yo acabo de realizarla uniéndome en matrimonio con una hermosa hija de la joven América.»

Pues, sí, señores, ya le tenemos casado; ya ha llenado el vacío que necesitaba llenar; ya sonríe de nuevo la felicidad en aquella casa que regó materialmente con las lágrimas en los ojos el pavoroso día de la gran desgracia... de una desgracia que entonces le parecía irreparable.

Y, al llegar aquí, si yo fuese poeta, escribiría un epitafio lleno de flores, de perfumes, de armonías, de aleteos de ángeles, pero de ángeles verdades.

ros, legítimos, auténticos; de ángeles evocados por las bendiciones de la Santa Madre Iglesia.

Porque han de saber ustedes que *Tobir* ha puesto oratorio en su casa.

En la curia eclesiástica le expidieron el permiso necesario; la curia eclesiástica efectuó la debida inscripción; y, después de cobrar los derechos correspondientes (que éstos nunca se quedan sin cobrar), un sacerdote fué á bendecirlo con la debida solemnidad. Hisopo en mano, no sólo roció el oratorio, sino todas las piezas de la casa, la cámara nupcial, la sala de recibir, el despacho de *Tobir*, el comedor, la cocina, la despensa, y hasta creo que el número 100. Gran fumigación espiritual que ha destruído los microbios de la impiedad allí reunidos en un largo período de vida democrática la más acentuada. Después de los asperges, ya no puede haber quedado en aquella casa ni el aliento de los antiguos correligionarios de *Tobir*.

Estos están desesperados, y les sobra la razón; la prensa católica, que tanto partido ha sabido sacar de la conversión de León Taxil, ¿qué dirá de *Tobir*?

Por eso el día que éste, deseoso de quedar bien con Dios y con el diablo, se presentó después de larga ausencia en el Centro, resuelto tal vez á demostrar la perfecta compatibilidad del pacto *sinalagmático* con la bula de la Santa Cruzada, le sucedió lo que le sucedió, que fué lo siguiente:

Se daba un concierto, y cuando *Tobir* apareció en el salón, una sociedad coral acababa de entonar la *Marsellesa*, siguiendo á las armoniosas notas del himno inmortal de Rouget de l'Isle, una estrepitosa salva de aplausos. *Tobir*, afrontando impávido cien miradas de desconfianza que de todas partes le dirigían, se encaminó á la tarima á felicitar al director del coro.

—Descaría volver á oírlo... tendría en ello una satisfacción...

Y el director iba á complacerle; de nuevo iban á resonar las notas del famoso himno, cuando algunos individuos de la junta del Centro, enterados de lo que pasaba, se encararon con el maestro director, diciéndole:

—No, señor; basta que *Tobir* lo pida para que no se lo complazca; aquí no se repite nada, ¿lo entiende usted?, nada de lo que pida *Tobir*.

Y otro decía:

—¡Que vaya á la iglesia á que le canten un trisagio!

Desaire más brutal no se ha hecho nunca al jefe de un partido popular.

¡Negarle la *Marsellesa*! Fué peor que negarle el fuego y el agua; fué decirle en sus barbas que es indigno de oír el himno inmortal; valió tanto como excomulgarlo.

Tobir salió tan disgustado del Centro, que prometió no volver á él más.

En su casa procuró consolarse. Los santos del oratorio le sonreían; ante ellos fué á arrodillarse lleno de efusión, y con aquel mismo ardor apostólico con que antes predicaba las ideas más avanzadas y las combinaciones pactistas más extrambóticas, pidió al cielo un rasgo de inspiración que le aclarase tanta tiniebla como le rodeaba.

En efecto, aquella misma noche soñó que se embarcaba con rumbo á Buenos Aires, después de embalar cuidadosamente el oratorio, que de éste ya no ha de separarse más en todos los días de su vida. El ángel de su guarda le acompañaba á bordo del *Pío IX*, y le decía al oído:

—«¡*Tobir*!... ¡*Tobir*!... Atiéndeme. Si acaso volvieres á enviudar, no te cases. Ahora que te has convertido, hazte misionero. Te lo digo por tu bien. Es una carrera que, bien explotada, da más que la de político petrolero.»

¿Qué tal les ha parecido á ustedes el artículo, amados lectores?

Cuando calificó la morada de Pi de casa-sacristía, con seguridad que alguno creyó exagerado el concepto, sin advertir que jamás hablo sin tener perfecta conciencia de lo que digo.

En cuanto acabe de reunir varios antecedentes, probaré que don Francisco tiene influencia grande en ciertos edificios sospechosos para los demócratas, y que no es absurda la especie que corre de que es jesuíta de hábito corto.

Hasta tanto, recordaré otros, que dan idea de las corrientes que dominan en el pactismo.

Olave, como ustedes recordarán, quería pactar con el catolicismo, de quien se declaró partidario con más intransigencia que el más vehemente carlista.

Sorní era y se proclamaba católico antes que sinalagmático-conmutativo-bilateral, siendo ob-

jeto de chacota el fervor con que oía misa los domingos y fiestas de guardar; llevando tan lejos su celo, que en cierta ocasión hizo oír una misa de *requiem* á la mayoría de la junta provincial del partido pactista, que se prestó devotamente á complacerle.

Coll tiene en su casa un oratorio, cual corresponde al hombre que, llamándose federal, oye misas que se celebran en honor de la situación creada por el golpe de Estado de Sagunto.

Vallés y Ribot pone ahora también oratorio y busca en la religión consuelo á los desengaños que le da su partido.

Si esto no basta para convencer á mis lectores de que el estado mayor del pactismo pudo haber figurado dignamente en la corte de Estella, recuerden, ¡y este recuerdo sí que es sangriento!, el empeño que puso Pi en que fuese nombrado ministro de Marina Anrich, el hombre que al poco tiempo se fué con don Carlos, declarando que había aceptado el cargo para trabajar desde él en favor de las ideas que aquel simbolizaba.

Unanse todos estos datos, estúdiense, y dígame luego si no hay motivos racionales para sospechar, al ver que Pi se opone á todo acuerdo con los republicanos, que está sirviendo intereses bastardos y embrollando con teologías pactistas los cerebros de una parte del pueblo, ávida como la que más de combatir por todos los medios á la monarquía.

EL PADRE MARROQUÍN

Quítense allá los Gerundios, retírense los Mollinas, apártense los Bocos, para dejar plaza al padre Marroquín, uno de los misioneros que más brutalidades ha dicho por esos cristianos pulpitos, aplicando á este inofensivo MOTIN gran parte de ellas.

Déjenle plaza, para que salga, no á la vergüenza, que de esto ya se guardaría muy bien, sino á darse importancia en estas moralizadoras columnas con un hecho que...

Pero antes...

¡Ángeles protectores de la castidad! inspiradme para que no broten de mi pluma conceptos que puedan herir los castos oídos de las inexpertas doncellas, ni aun los incastos de las hijas de María y amas y sobrinas de presbíteros!

Y dicho esto, pasaré al hecho.

Parece ser que las hermanas hospedadas en la casa de Beneficencia de Teruel se aburrían solemnemente en sus soledades, y el padre Marroquín, ¡oh, santidad de las santidades!, desempeñaba la caritativa obra de consolar al triste; ó á las tristes, que tanto monta, ó tanto montaba el asunto para el reverendo.

Dióle en la nariz al gobernador de la provincia este exceso de fervor evangélico, y, presentándose de improviso una madrugada en el citado establecimiento con el presidente de la diputación, dos individuos de ésta y el secretario del gobierno, encontró, según dicen, al bueno del sacerdote ejemplar durmiendo en la habitación contigua á la de las hermanas, roncando como un bienaventurado.

Lo que allí ocurrió no lo sé; mas no es difícil suponerlo por poca inventiva que se tenga. Sobre poco más ó menos debió ser lo siguiente:

—¿Qué hace ahí vuestra paternidad?—debió preguntarle el jefe de la provincia.

—Pues meditando sobre la iniquidad de las sectas masónicas, la depravación que en las costumbres introducen los periódicos impíos, y sobre...

—Las hermanas ¿le han autorizado para que pernocte en el establecimiento?

—No, señor; pero...

—¿Y el director del mismo?

—Tampoco. Pero es que yo, en mi celo por la salvación de las almas, en mi interés por la conservación de la virtud de estas esposas de Cristo y predilectas hijas mías, me vengo de guardia aquí todas las noches, como centinela avanzado contra las asechanzas de Satanás.

—Bueno, padre; supongo que diría el gobernador. Ya sabemos que Luzbel es muy astuto y tiene intenciones y un rabo que no se lo

merece; pero mi deber es notificar al jefe de la casa los buenos servicios que usted presta en ella á horas extraordinarias, y después al señor obispo para que premie como es debido tanto fervor y abnegación tanta.

En esto último me parece que la erró su excelencia; pues jamás obispo alguno se ocupó en censurar ó aplaudir á los subditos que se cueban sueltos por las comunidades femeninas, sea con malos ó perniciosos fines. Lo prueba la experiencia.

Por lo demás, la reputación del *páter* ha sufrido un golpe terrible.

¿Qué dirán ahora las beatas que le juzgaban impecable? ¿Qué los fieles que le creían el prototipo de la castidad y perfección cristiana?

Lo que menos se les ocurrirá es que hay una inmensa distancia del misionero fogoso al fraile, que tiene todas las flaquezas humanas y aun algunas más.

No es lo mismo disertar sobre moral que practicarla, y una cosa es predicar y otra buscar clandestinamente la generosa hospitalidad de las hermanas del asilo.

BARBARIDADES FRAILUNAS

Relativa era la tranquilidad que disfrutaban los vecinos de Cangas de Onís y sus alrededores, á pesar de tener por allí cuadrúpedos de sotana que de cuando en cuando echaban al aire las extremidades posteriores.

Mas ¡ay! que la tranquilidad, aun relativa, está en peligro donde hay un convento, aunque sea á veinte leguas de distancia.

Un día ¡día infausto! asomaron por allí dos reverendos dominicos, ó según la competente opinión de un veterinario de la villa, dos potros cuatralvos, por el pelo blanco y negro que usan.

Uno de ellos, al ver el poco pasto espiritual que había por aquellos prados, abandonó á su compañero y se fué al partido de Llanes; pero el otro... El otro dió en Cangas más juego que toda una comunidad de frailes bien nutridos.

Desde el cuévano místico arremetió contra los liberales, los masones, los periódicos no carcas, los libros, folletos, bailes y teatros, y descargó sobre ellos cada coz que levantaba chispas de sus herraduras.

Los bailes, sobre todo, fueron el punto fuerte del padre Juan (que por ese mote atiende el tal). Allí fué donde apretó de firme, comparando á las que inocentemente buscan en el baile una distracción con las meretrices; pues, según él, unas y otras se entregan en brazos de los hombres.

¿Y cuando se enredó á censurar los vicios de los jóvenes y sus funestas consecuencias? Aquello no parecía un templo sino una cátedra de sífilografía; allí habló con la mayor desvergüenza de ungüentos, nitrato de plata, hilas y demás admínculos que se usan en tales casos. Todo esto delante de un numeroso auditorio femenino, joven en su mayoría.

¿Qué ideas formarían aquellas muchachas de lo dicho por aquel pedazo de fraile? ¿Qué preguntas no se harían unas á otras para ilustrarse mutuamente en la materia? ¿Qué pensarían sobre la experiencia que el padrecito debe tener en el asunto, cuando con tanto lujo de detalles lo trata?

Tampoco dejó de hablar (y esto va ya pareciendo consigna entre todos los vociferadores de sotana ó capucha) de los soldados de la fe, que, bien armados y en compacta unión, atacan á esos pícaros liberales que son, dijo, la encarnación viva de Satanás.

El buen sentido de aquellas gentes rechazó como se merecen las majaderías y groseros ataques del charlatán trashumante, pero queda la triste evidencia de la impunidad que en el pulpito tienen curas y frailes; y de que para ellos no hay respetos de ningún género que los contengan; y, lo que es más sensible, que hay padres que envían sus hijas á la iglesia para que oigan obscenidades que acaso no oírían en el más inmundo lupanar.

Esto, esto es lo verdaderamente triste.

LIOS DE ESOS

A o *eminentísimo patriarca* de Lisboa le consta de buena tinta que el difunto rey don Luis está en el purgatorio.

Así lo notificó en la oración fúnebre que pronunció en *elogio* del finado.

Paz á los muertos, y sobre todo al que nos ocupa, que fué lo más liberal que cabe bajo una corona, y examinemos el conflicto que la revelación del prelado lisbonense ha promovido.

Asegura monseñor que el alma del buen D. Luis anda por aquellas hornillas del purgatorio, purificándose de sus pecadillos; pero es el caso que el nuncio en la capital portuguesa certifica que le confesó, le absolvió y le dió como propina la bendición papal, y, por consiguiente, lo envió al otro mundo limpio como arca que maneja un cura, sin necesidad de que le refrendasen el pasaporte en el purgatorio.

Porque es lo que el nuncio dirá:

«Si después de haber trabajado, no como un negro, sino como un morado, para enviar al cielo el alma de nuestro buen rey, viene el patriarca, la secuestra y la envía al purgatorio, ¿qué pinto yo aquí?»

«Cuénteselo usted al nuncio, me dirán algunos, y efectivamente á mí me lo cuento, y veo que por *ese* me estoy tirando la mayor plancha que se tiraron nuncios.»

Y tras estas reflexiones se da el hombre grandes carreras visitando ministros y altos personajes, para garantizar la inmediata salvación del muerto, puesta en tela de juicio por su colega en mitra.

Y hay aquello de preguntarle alguno de los que visita:

—Pero ¿su eminencia está seguro de que nuestro soberano está con el Padre Eterno?

—Lo *giuro per quèstas que son cruces*.

—Es que como dice el cardenal patriarca...

—¿Qué sabe el cardenal de eso? ¿Si querrá entender más que yo, que soy el enviado del papa y he comido mil veces macarrones junto á la cúpula de San Pedro? Cuando yo digo que está en la gloria, es porque me consta.

No sé la impresión que estas afirmaciones harán en los próceres lusitanos. De mí sé decir que entre la distinta opinión de dos príncipes de la Iglesia en un punto que debiera estar tan claro, sospecharía que ninguno sabe á qué carta quedarse, y que lo mejor es no hacer caso de nuncios, arzobispos, curas, ni demás gente ordinaria.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Si se descuida el *sacris* de San Agustín (Valencia) se gana un par de tiros como un par de soles. Subió al campanario con un amigo, y ocurriéronse salirse á dar un paseo por los tejados de la cárcel y presidio.

Una mujer que los vió, creyendo que eran presos que intentaban evadirse, se lo notificó á un municipal, y ésto al jefe de la cárcel, quien organizó una verdadera batida contra los supuestos fugitivos.

Algunos soldados subieron á los tejados ó intimaron la rendición al *sacris* y su amigo, y allá por las tejas quedó la sucia prueba del miedo que se apoderó de ellos.

Después de identificadas las personas fueron puestos en libertad los detenidos, á los cuales no habrán quedado ganas de volver á disputar á los gatos el dominio de las alturas.

Hartas gatadas hará en la planta baja el ayudante de cura, sin necesidad de andar por aleros y chimeneas.

Donde esté el fanatismo católico para hacer brutalidades, que se quiten las tribus de Hotentocia.

En Irún vive una pobre anciana á quien sus vecinos tienen por bruja: dos mujeres la llamaron á pretexto de darle una limosna, y amenazáronla con un hacha, exigiéndole que curase á un enfermo á quien suponían embrujado.

En vano protestó la pobre mujer que no podía hacerlo; le cortaron los vestidos cociendo en agua los pedazos, y después de obligarla á beber aquella nauseabunda infusión, la apalearon de modo tan bárbaro que estuvieron á punto de matarla.

En grave estado fué conducida al hospital y sus

agresoras á la cárcel; que es precisamente el sitio adonde debían ir tanto y tanto cura que aun en las postrimerias del siglo XIX sostiene y fomenta en el vulgo esas estúpidas creencias que tan funestos resultados acarrearán.

A las josefinas de Plasencia se les podrían suprimir las dos primeras sílabas de su nombre, y llamarlas *finas* á secas; porque lo son, y de veras, para requisar cuartos.

No contentas con los talleres de cordonería, fabricación de ligas, rosarios y otros artefactos que venían explotando sin pagar contribución, ahora han establecido una fábrica de chocolates, según veo por la cubierta de una libra de este artículo que un amigo me remite, y que dice así:

Gran fábrica de chocolates puros de las religiosas josefino-trinitarias.

En el centro hay un cliché que representa, ó quiere representar, al santo patriarca como contándole un cuento á su hijo putativo que tiene en brazos.

Felicito á las madres por su nueva industria, y, si no fuese irreverencia, me atrevería á rogar al delegado de Hacienda que tomase nota de ello para incluir las en la matrícula correspondiente.

Benjamín, *parrocetáceo* de Santiago de Abres, está enemistado con un feligrés muy querido por todos los pobres de la parroquia, que encuentran en él lo que el cura los niega; y siempre que lo ve se lleva la mano á la parte más amenazada en los seminarios, y se da unas palmaditas creyendo hacer una gracia.

La misma grosería cometió este verano ante una señorita que reside en esta corte, y que fué allá de temporada, sólo por el hecho de acompañar al mencionado señor y á una hija suya.

Ni siquiera tuvo en cuenta que la así insultada pertenece á una familia á quien él saluda con mucho respeto, y, sobre todo, que se trataba de una señorita, y forastera.

Pero ¡váyale usted con respetos y consideraciones sociales á un zopenco como ese!

Tú lo entiendes, *parroquidermo* de Yecla (Salamanca).

Ya era mucho abusar eso de que las beatas pobres se abonasen diariamente á tu confesonario, contándole la mar de tonterías, que no te importan un pepino.

¿Sí? dijiste; y dijiste muy bien. La que quiera pague á turno diario, que suelte dos perras grandes por cada servicio penitencial.

Como los barberos que afeitan cara al sol, ni más ni menos.

Ya sé que á algunas se les hizo el arbitrio muy cuesta arriba, y no querían soltar los viles céntimos ni á tres tirones; pero allí de tu energía, que admiro como se merece. ¿No hay las dos perras? decías. Pues tampoco hay charla mística.

Bien hecho. ¡Pues no quieren pocas gollerías esas... señoras! Por veinte míseros céntimos una jabonadura de conciencia ¿y aún les parece caro? Váyanse á escardar cebollinos, que no ha de estar un cura tan *barbián* como tú trabajando de balde.

Do ut des, es decir, suelta la mosca y te daré la absolución, aunque digan luego que la salvación se vende.

Desde que últimamente estuvieron los misioneros en Tudela de Duero (Valladolid), cada lunes y cada martes se organizan sendas cuadrillas de beatas, que van á visitarlos á su convento de la capital.

Me consta que muchas lo hacen sin consentimiento de sus maridos; yo como tengo una minuciosa lista de todas, el día que me decida á publicarla, será el mismo en que empiecen las más feroces palizas por aquellos hogares tudelenses.

Como no me gusta perturbar la paz doméstica, me abstengo por hoy de citar nombres; mas como tampoco me agrada que mientras los inocentes maridos están trabajando como negros vayan sus costillas á derrochar en viajes y regalitos á los frailes lo que hace falta en sus casas, y además de los regalitos algunas los favorecen con otras cosas, el mejor día tiro de la manta y va á haber cada palo como un roble.

Lo cual prevengo á esas devotas para los efectos consiguientes.

En la iglesia de San Vicente, de Sevilla, hay un presbítero llamado Molina que no tendría precio para misionero.

Lo digo porque es tan salvaje, que parece que se ha pasado la vida entre ellos.

El otro día, sin más ni más, la emprendió contra

un pobre anciano que estaba á la puerta del templo, y le infirió una herida en la cabeza.

Al día siguiente se presentó á celebrar tan fresco, entre los rumores del público que la víspera había presenciado el atropello.

Y es que no saben, ó parecen ignorar, que bien puede un cura romperle la cabeza á un hermano en Cristo y recibir á éste en sus manos, no en señal ni en figura, sino en su misma real persona.

Al menos así lo reza el catecismo.

Segunda y última amonestación, archineo Faustino, pedagogo de Hervás:

Como insistas en ayudar al *curanfíbio* en su campaña contra El Motín, y en adiestrar á tus discípulos para que se desvergüencen insultando al que lo vende en esa población, voy á enterar á todo bicho viviente de ciertas hazañas tuyas, sin olvidar tus conatos de vocación frailuna, el por qué se frustró el asuntillo pendiente con una casa editorial de Barcelona, y otros varios que te han de dar más de un disgusto.

Conque de tu conducta depende que descorra ó no la cortina.

Se ha suicidado en Fitero, ahorcándose de un olivo, un joven...

—No diga usted más. Un joven educado en esas universidades malditas, ó en esos centros laicos sin religión y sin Dios.

—Pues nada de eso: educado en un seminario, llena la cabeza de teología moral y dogmática y próximo á cantar misa.

—No me lo explíco.

—Ni yo me lo explicaría si no supiese que todas esas zaragatas teológicas son lo más á propósito para formar locos, como lo estaba ese infeliz, y llenar los cementerios de suicidas.

Dijo Canalejas que confiaba en que el talento, ilustración y rectitud del cardenal Monescillo evitarían que los curas de la diócesis de Valencia se excediesen desde el púlpito.

Y, efectivamente; por Játiva ha caído un tal Bartolomé, *loyola* de pura raza y carga de ídem, que cuenta sus sermones por el número de escándalos, excitando los instintos fanáticos contra las ideas liberales.

Porque el que menos merecía estar puesto á la sombra, y, sin embargo, allí continúa barbarizando á su sabor, pese á todas las confianzas que Canalejas tiene en la energía y amor á las instituciones del cardenal arzobispo.

Si llega á desconfiar, se levanta en armas todo el clero valenciano.

Reprendí á los curas de Aranjuez porque al llegar acompañando los cadáveres al sitio en que desde tiempo inmemorial se despide el duelo, largaban los arcos á cualquier *sacris* ó acólito en plena calle, sin respeto á la seriedad del acto.

Parecía que se habían enmendado, pero ¡buena enmienda te dé Dios! El mismo párroco se desapareció en público hace pocos días, largó el traje de fana á un monago, y salió al trote hacia la estación, temiendo que se le escapara el tren que había de traerle á Madrid.

El muerto al hoyo y el vivo á buscar lo que necesita por los Madriles. ¿No es verdad, amado *parroquidermo*?

Vi llegar un morado á la presidencia del Consejo de ministros.

Y era él el propio Fray Ramón Vigil, obispo de Oviedo por la gracia de Dios, y por la suya, que no es poca.

Bien le deben tratar los ovetenses, porque viene hasta guapo inclusive.

A través de los anteojos, creí sorprender en él una mirada maliciosa, como diciendo:

«¡Yo que tanto he barbarizado contra los masones, venir á ver al muy ilustre y poderoso hermano Paz!»

Esto de pretender un arzobispado tiene cuatro pares de... bendiciones.

Falleció un vecino de Vergara, manifestando antes su deseo de que celebrasen sus funerales en otra parroquia á que había pertenecido antes.

El cura de la en que había fallecido (la de los Mártires), en cuanto se enteró del asunto envió al sacristán á la casa mortuoria con la orden de que, si no le aprontaban veintidós pesetas y media por no sé qué derechos ó torcidos, no permitiese sacar el cadáver; y aquellas gentes, profundamente afligidas, se las dieron porque las dejase en paz.

Para los curas no hay dolores dignos de respeto

como no sean los agudos que de cuando en cuando acometen á sus amas.

Y aun esos procuran no oírlos, enviándolos de viaje.

Otra ganga de las muchas que proporcionan las expansiones católicas.

Al salir una procesión de la iglesia de Sebastián (Almería), uno de los cohetes que se dispararon prendió fuego á una chimenea de la calle Real, propagándose el incendio á varios muebles. Afortunadamente pudo ser extinguido por el dueño de la casa y varios vecinos.

Es menos peligroso tener fincas en el Riff que en poblaciones en que hay católicos aficionados á tales desahogos.

En un juicio por jurados celebrado en Cuenca, declaró un testigo haber facilitado á la procesada un específico contra la *opilación* comprado á ciertas monjas de la capital.

Aunque sea una intrusión de las buenas madres en asuntos de farmacia, no dudo que el específico que elaboran sea útil.

¡Hay en esos conventos cada capellán! Y ¡entienden tanto de combatir las *opilaciones* más rebeldes!

Para ellos no hay clorótica imposible de convertirse en madre... reverenda.

¿Conocen ustedes al padre Ezequiel (a) *Gamusa*, del convento de filipenses de Alcalá? ¿No? Pues entonces no saben lo que es un cura bruto de verdad.

Días pasados se arrancó tras un pobre chico con la benigna idea de alumbrarle una paliza, y gracias á que el muchacho corrió como un gamo, no hizo con él lo que *in illo tempore* hacía con los terrones del campo.

Porque es de advertir que antes de ser cura destripó terrones, y debiera continuar destripándolos, por ser para lo único que sirve.

Mientras se celebraba una función en la iglesia de San Andrés (Teruel) estalló un petardo que puso en dispersión á toda la beatería.

Es verdad que el petardo mayúsculo lo había disparado días antes en forma de sermón el rector de los hermanos de San Vicente Paul, desatándose en furibundos ataques á la masonería, que fueron recompensados con la silba más espantosa que han oído ni oírán las presentes generaciones.

De modo que petardo por petardo.

A los franciscanos de Miranda de Ebro, se les ha venido abajo el convento, que con *quita* ajena estaban haciendo. No en balde yo dije hace mucho tiempo: «Los proyectos malos no tienen fin bueno.»

El obispo de Orense ha suspendido en su cargo á un párroco de su diócesis que se dedicaba á prestar dinero al módico interés del 50 por 100.

Quién sabe si entre los mismos familiares de su ilustrísima habrá quien preste á tipo más alto, y en tal caso me explico perfectamente la determinación.

No conviene abaratar las tarifas en negocios como el de la usura, á que todos los presbíteros, cuál más, cuál menos, se dedican, por ser los únicos españoles que disponen de ahorrillos con que desplumar al prójimo.

El furibundo carca y vehemente *parroquidermo* de San Andrés de Teruel, ha vuelto á las andadas, barbarizando desde el púlpito contra los masones y liberales eu general.

Gracias que el *clerichapista* predica siempre en desierto, porque rebuznos de... cura no llegan jamás al cielo.

Creo que el papelín del obispo de Orihuela ha dicho, defendiendo á los curas enchiquerados por hacer propaganda facciosa desde el púlpito:

«Si hubieran incitado al pueblo como *El Motin*, probablemente estarían en su casa.»

Haciendo caso omiso de esa tontería, ¿le parece á monseñor ó á sus escribidores de cámara, que no es exhortar al crimen recomendar á los fieles que empuñen el trabuco y se echen á escabechar liberales?

Leo en un periódico bilbaino que han intentado robar las gallinas á las monjas de la Encarnación, para lo cual entraron en el convento por la puerta falsa dos individuos que se espantaron y huyeron al oír el ruido de las aves.

Más *gallinas* que las ídem de las madres, debían ser los tales cacos. ¡Mire usted que espantarse de unas gallinas monásticas, cuando el presbítero más *mandria* no retrocede ante todo un gallinero couventual!

CORRESPONDENCIA

Palencia.—Los cajistas de «*El Progreso*».—No publicamos noticias que se nos remiten sin firma de persona conocida nuestra; pero si, como dicen, las insertan en ese apreciable colega, tendremos mucho gusto en reproducirlas.

PALOS Y PEDRADAS

En el Tribunal de Cuentas se halla desde hace dieciséis meses un expediente que se refiere á un desfalco cometido hace más de veinticinco años por el entonces administrador de rentas estancadas D. Juan Francisco Genovés.

Sería plausible ese cariño con que al parecer le arrullan los señores de dicho tribunal para que duerma, si do su tramitación no dependiese la suerte de muchas familias desposeídas de sus bienes, mientras que los verdaderos culpables se ríen de su obra.

Se trata de fadores que garantizaron al desfalcador con fincas, á las que dieron un valor aparente, y que al ser vendidas no alcanzaron á cubrir el importe del desfalco; de testigos que de buena fe autorizaron la escritura de garantía, y cuyos bienes fueron vendidos por la Hacienda, así como los del alcalde y síndico del ayuntamiento de Burgohondo, que á la sazón actuaron en representación de la misma.

¿Puede decirnos alguien de dicho tribunal qué motivos hay para que se retarde tanto la resolución de ese expediente, de la que depende el bienestar de tantas familias?

Bien vale la pena de que el presidente fije su atención en el asunto, y ordene que se resuelva con la justicia y prontitud que el caso requiere.

El impropriamente llamado cementerio civil interino de Ronda, en que se dió sepultura al libre pensador D. Alfonso Rojas, sirve de cuadro con gran escándalo de la población.

Parecerá mentira que eso ocurra en una ciudad de la importancia y cultura de Ronda, y, sin embargo, es muy cierto.

De aquellas promesas que hizo el alcalde de construir un cementerio civil decente, no hay nada.

Entretanto la municipalidad, que tiene sin cumplir esa importante obligación que la ley le impone, emplea el dinero de sus administrados en muchas cosas inútiles, y autoriza que se corran toros enmaromados, *diversión* indigna en estos tiempos aun del último villorrio.

Es verdad que en Ronda los curas se imponen al ayuntamiento, y dime la influencia que el clero ejerce en un municipio, y te diré el abandono y las arbitrariedades de su gestión.

El 28 del pasado Octubre se dió sepultura civil en Manzanares al cadáver del niño Angel Revilla y Jiménez, hijo de los libre pensadores D. Antonio y D.^a Josefa.

Concurrieron á la inhumación más de doscientos republicanos de la localidad, para demostrar así á los padres del niño la gran parte que tomaban en su aflicción y el testimonio de la simpatía á que son acreedores por su constancia y convicciones.

Igual testimonio nos complacemos en manifestarles.

En Salamanca, y á orillas del Tormes, apareció un cadáver, que después de reconocido resultó ser el del maestro de instrucción primaria de Palomares.

En el bolsillo se le encontró el piadoso librito rotulado *Visitas al Santísimo Sacramento*.

Visitas á la tahona era lo que hubiese necesitado el pobre pedagogo para no verse obligado á presentar la dimisión de la existencia.

La suscripción abierta en honor de la Sta. Villacampa se cerrará en fin de Diciembre próximo, procediéndose inmediatamente á la distribución.

La comisión gestora ruega á los encargados de la recaudación de Madrid, provincias y Ultramar, verifiquen, con la brevedad posible, la entrega de lo recaudado al señor tesorero, D. Pablo Fernández Izquierdo (Sacramento, 2, para poder hacer la liquidación en la época citada.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Elena, novela de Andrés Theuriet, versión española de J. D.

Trátase de un nuevo cuadro social trazado por el autor de *La boda de Gerardo*, *Una ordinaria*, *El profesor de Tours*, etc.

Las pocas novelas suyas que conoce el público español le han granjeado generales simpatías, y no menores le ha de conquistar la obra que hoy anunciamos.

Forma esta novela el volumen 134 de la Biblioteca de

El Cosmos Editorial, y se vende en la administración de la misma, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, y en las principales librerías, al precio de *dos pesetas cincuenta céntimos* en rústica y *tres* en tela elegantemente encuadernado.

Nuestro querido colega *Osuna al Día* ha hecho una pequeña tirada (cien ejemplares) del folleto póstumo de D. Antonio María García Blanco, titulada *Oración de un muerto en el día de su entierro*.

Es una especie de profesión de fe religiosa, filosófica y política del distinguido catedrático y docto filólogo, que, por las inesperadas opiniones que en ella se emiten, ha de llamar vivamente la atención.

Forma un folleto de 64 páginas en 8.º Dado lo exiguo de la tirada, se vende á *dos pesetas* en la administración del periódico *Osuna al Día*.

El último tomo de la segunda serie de la *Biblioteca Andaluza* que se ha puesto á la venta, titúlase *Educación y Enseñanza*; su autor, el catedrático de la Universidad Central, D. Francisco Giner.

Forma un volumen de 240 páginas, en las cuales se trata de todos los problemas más importantes que se discuten en la actualidad acerca de la instrucción pública.

Este volumen, que es el 20 de la citada *Biblioteca*, se halla de venta en las principales librerías al precio de *seis reales*.

Instrucciones para la celebración y práctica de Actos civiles, por D. José María Rey (abogado).

Contiene este manual las instrucciones necesarias para la celebración del matrimonio civil, los actos sometidos á registro, algunas disposiciones útiles sobre enterramientos civiles y los correspondientes formularios.

Precio *una peseta cincuenta céntimos*. Los pedidos á D. José Matarredona, *El Porvenir Editorial*, Horno de la Mata, 5, Madrid. Venta en las principales librerías.

«*Cómo nos diezman!*», trabajo de Vicente March.

Este folleto, importante estudio sociológico en que están pintados á lo vivo la vida y sufrimientos del obrero, se halla de venta en la administración de *El Productor*, San Olegario, 2, primero, Barcelona, y principales librerías, al precio de *veinticinco céntimos*.

Paquetes de veinticinco ejemplares, dirigiéndose á la mencionada administración, *cinco pesetas*.

El primer choque, comedia en tres actos y en prosa, original de D. Antonio Sánchez Pérez.

Se ha puesto á la venta esta aplaudida obra de uno de nuestros mejores prosistas.

Se vende al precio de *dos pesetas* en la Galería Dramática, Cedaceros, 4, segundo, y en las principales librerías.

El librero-editor D. Antonio de San Martín ha puesto á la venta una nueva edición de la novela *El conserje de la calle del Barco*, por Paul de Kok.

Se vende en su librería, Puerta del Sol, 6, y en las demás principales, al precio de *una peseta*.

Hemos recibido el elocuente discurso pronunciado por el abogado de Almería, D. Joaquín Ramón García, en defensa de los procesados en la llamada *causa de Berja*, obteniendo sentencia absolutoria.

Damos las gracias al remitente.

La Librería Nacional y Extranjera (Jacometrezo, 59) nos ha remitido *El Amigo de la Casa*, almanaque Cristiano para 1890.

OBRAS NUEVAS

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS
PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

CARTAS

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND

AL OBISPO DE CLERMONT

Y AL ABATE MAURY

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Los suscriptores directos á *EL MOTIN*, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.